—Poco á poco, me fuí alejando de la casa de ella, y cuando se comprometió, ya hacía tres meses que no nos veíamos.

Ya no era la misma, esa Marieta que iba á casarse muy pronto, no era aquella á quien yo me preciaba de conocer. Hice entonces el propósito de no volver á verla ¿para qué? Me faltó valor para darle el *adiós* definitivo, y preferí murmurar un *hasta luego*, indiferente, meditando en no sé qué desquite. (Me avergüenzo de mi cobardía). Sí, quería vengarme, pero de qué? Yo mismo lo ignoraba. Una amiga que se casa es una ilusión remota que se pierde, y eso, así sin algo que lo disculpase, me hacía daño.

Además, quiero hablarte con franqueza, no habría podido ser yo algún día algo más que un amigo para Marieta? Y ante esa esperanza que sentía morir dentro de mí, ante ese espejismo que veía desvanecerse, sentía angustía, rabia, de haber sido tonto, de haberme conformado con tan poco, celoso de *ese otro* que se iba á llevar algo que podría haber sido mío, si yo hubiera querido.

Quería acabar mis relaciones con ella de una manera sarcástica, brutal y sólo pude pronunciar un *hasta luego*, tímido, casi balbuciente...

Pero no, no quiero contarte mi *venganza* de esa muchacha que nada me había hecho más que estimarme, y á quien yo adoraba. Aquello fué ruin, necio, ridículo!

Comprendí que Alberto sufría deveras y no insistí. La historia quedó trunca.

***

Después de aquella noche pasaron algunos años. La lucha por la vida, lucha terrible y dolorosa, nos empujo á uno y otro por distintos caminos. Una casualidad vino á ponerme en conocimiento del desenlace, que el protagonista no tuvo valor para contarme.

Estaba de visita en uno de los salones más elegantes de nuestra sociedad, en que los jueves y domingos hay siempre una veintena de jóvenes decididos á pasar un buen rato y en los que bailamos algunas veces.

Tuve la fortuna de conversar con la simpática Lolita Ríos, personita de mucho *chic* é inteligente deveras. Tal vez á propósito de literatura ó de política hablamos de Alberto; pero presumo que fué por la segunda, por la que ella mostraba un interés especial.

—¡Oh! Alberto es terrible—dijo, haciendo un guiño malicioso, en combinación con una sonrisa irresistible—sí, un tipo endiablado. ¿No sabe Ud. lo que le hizo á Marieta González el día de su boda? ¡Qué horror!...

—No, señorita, absolutamente.

—Es divertidísimo; á mí me lo dijo una amiga en reserva, así es que le recomiendo...

El y Marieta diz que eran buenos amigos (sospecho que de parte de él había algo más que amistad). A ella le ocurrió casarse con un *quidam*, y como él le hiciera antes algunas observaciones que Marieta tuvó á bien no tener en cuenta, no volvió á verla.

Recuerdo muy bien el día del matrimonio. ¡Estaba linda! No obstante parecía preocupada. Después de la ceremonia en un instante libre se recostó en la baranda del jardín á tomar un poco de aire fresco. Oyó llamar en la puerta de la calle, é inconscientemente se dirigió allá, cuando un granuja, dirigiéndose á ella, le entregó algo envuelto en un papel, y se fué.